

# “ANTROPOS”

## EL HOMBRE INTEGRAL Y COMPLETO

Por el Doctor

ENRIQUE O. ARAGON

Director de la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

EL ideal del genio helénico para integrar al “ántropos”, o sea al hombre en toda la plenitud de su ser, persiste todavía hasta nuestros días y es motivo de ferviente consagración,

El ser, brotado eugenésicamente en principio a causa de un himeneo puro, ente protegido después, en su niñez, dentro del gineceo y desarrollado más tarde en su adolescencia y en su juventud para preparar la edad media de la vida; he ahí los primeros peldaños del ascenso.—El efebo *educado* al aire libre en los gimnasios y en la palestra, hacía y forjaba en Atenas al futuro ciudadano que victoriosamente regresaba con el laurel del triunfo, ya sea de las luchas en los juegos Olímpicos o bien de las contiendas para salvar a la Patria, simbolizada en la augusta “polis”.—El pueblo aclamaba esa realización del

hombre Apolíneo, en el sentido de las proporciones estéticas de su cuerpo, musculosamente fuerte, pero también con su espíritu o su “núus” colmante de sabiduría y de virtudes.—La armonía no debía ser rota en el ocaso de la existencia que se quería que fuese como una bella puesta de sol.

En Roma, la heredera de la cultura clásica, el criterio no fue distinto y al formar al “civis” se le entregaba como varón que era, virilidad y virtud; la raíz “vir”, siendo común a los dos conceptos.

¡Qué inmensa distancia entre el “homo primigenius” de la época cuaternaria, del hombre de las cavernas o troglodita y de este otro hombre afinado y metamorfoseado, estilizado y mejorado en su porte y en su pensar! Como éste a su vez, con el transcurso de los siglos, había de cambiar, designándosele con el calificativo de “Homo sapiens” en la Historia Natural de Linneo, es decir: el animal por su razón, humanizado en la especie.—Más tarde el atributo se ha intentado mudar por el de “Homo faber”, o de otro modo: predicando al sujeto el poder ser artesano, industrial, constructor, etc.—Y para ello, para

poder llevar a cabo tales trabajos en su oficio, el uso de las manos y su adiestramiento, su apología, lo que no ha hecho sino resurgir la viejísima querrela entre las ideas de Anaxágoras y las de Aristóteles.—“El hombre es el más inteligente de los animales, porque tiene manos”, para uno; y “El hombre tiene manos porque es el más inteligente de los animales”, para el otro, lo que en el fondo no es sino una relación entre funciones y órganos.

El anhelo del hombre completo, del hombre no fragmentado, del hombre no desecho en partes o reducido a un aspecto del ser, sino sintetizado en su *totalidad* y *complejidad*, en su trama, multiforme por sus accidentes, pero unificado substancialmente por el “yo”, continúa al través del tiempo y alma y cuerpo, fantasma y objeto, molde y barro, motor y cosa movida, forma y materia, espíritu y maquinaria, “*rex cogitans*” y “*rex extensa*”, pensamiento y cerebro, conciencia y organismo, son los contrastes que, en su posición filosófica dualista, establece Descartes.—Significación trascendente en que el hombre no se reduce al estudio físico, externo y objetivo, sino también al interno, moral y subjetivo.

En su subjetividad entremezclan Rabelais y Voltaire sus carcajadas, al estar con Alfonso Karr en acuerdo de que es propio del hombre el reír: “Cest le propre de l’homme le rire”.—Se dice que quien ríe es capaz de las buenas acciones y que la humanidad en el naufragio de los valores tiene esa tabla de salvación para aproximar a los individuos, ligarlos y formar una alma cósmica.—Pero la contemplación de las guerras y luchas mundiales desdice lo anterior y confirma de un modo pesimista, el aforismo de Hobbes: “Homo, homini lupus” (el hombre es el lobo del hombre), a lo que agrega: “Bellum omnium contra omnes” (la guerra de todos contra todos).—Tal es el panorama triste y sombrío.

Entonces ¿para qué esa insistencia en el estudio del hombre, apreciado desde la burla y caricatura de Solón al considerarlo el “bípedo implume”, hasta la seriedad de Ameghino al hablar de sus reconstrucciones paleontológicas del *Diprothomus Platensis*? ¿Para qué seguirlo, paso a paso, en las diferentes edades: la de la piedra bruta y la de la pulida y las de los metales: el cobre, el bronce y el hierro? ¿Es hoy mejor que ayer? ¿Ha habido alguna evolución moral? ¿Su vida es más tranquila o más agitada? ¿La ha hecho durar más? ¿Es más sana? ¿Es más feliz? ¿Se superará a sí mismo el hombre, mañana, como lo quiere Eucken?

El hombre ya no es simplemente el que, como los animales terrestres, está obligado a caminar y a reptar, más o menos de prisa, sobre la corteza del planeta, sino que surca los mares y conoce las entrañas del elemento líquido; como nuevo Prometeo juega con el fuego encendido por él mismo para hacer sus fiestas de pirotecnia, maravillosas al dar calor y luz a todas las regiones y en todas horas y por último, como la mejor de las gigantescas aves, vuela por el espacio en sus formidables aerónaves acortando las distancias inconcebiblemente, amén de hacerlo también con su pensamiento y con su instrumento el lenguaje, valiéndose del radio.

¿Hasta dónde lo conducirá la ciencia? ¿Y ésta lo hará completamente libre o esclavo? ¿Le quitará o le aumentará la fe? ¿Y qué momentos de contemplación y descanso le ofrecerá el Arte? Para poder contestar y hacer una afirmación o una negación, hay sobre todo que *filosofar*, que ahondar profundamente los problemas históricos por la parte que en ellos ha tenido y tiene; hay que preguntar sus enigmas a las modernas esfinges y hay que trabajar, trabajar con la cabeza en alto y redentoramente apoyándose en la mujer, su compañera eterna para lograr saber si en su destino el “Homo” del futuro, sobrepasando al “Homo politicus” se convertirá en el “Homo socialis” como ciudadano del mundo.